



HILDEGART RODRÍGUEZ CARBALLEIRA: LA EDUCACIÓN FEMINISTA DE UNA «AMAZONA» QUE NO PUDO SER

Denis Vigneron
(Université d'Artois)

Resumen. La sexualidad humana impone tanto al hombre como a la mujer una serie de condicionamientos que escapan al deseo de libertad y de independencia entre sexos. El caso de Aurora Rodríguez –protagonista de este artículo y verdadera Amazona mitológica del siglo veinte– que quiere prescindir de los hombres en la gestación de un nuevo ser perfecto, nos da idea de hasta qué punto la realidad se impone, y la naturaleza femenina de su hija Hildegart, al fin, supone un impedimento inexorable para sus fines, del que no podrá escapar.

Abstract. Human sexuality imposes both to men and women a number of conditioning elements which make our wish of freedom and independence between the sexes difficult to fulfill. The case of Aurora Rodríguez –protagonist of this article and true mythological Amazon of the twentieth century– is the case a woman who wants to ignore men in the process of the creation of a new and perfect human being, and gives us an idea of how far reality dictates its rules, and how the feminine nature of her daughter Hildegart finally imposes an inexorable and unescapable obstacle to accomplishing her own ambitions.

Palabras Clave. Sexualidad, Emancipación femenina, Dominación masculina, Teoría del género, Amazonas

Keywords. Sexuality, Women's emancipation, Male domination, Gender's theory, Amazones

La época actual nos brinda, en particular en la Europa en que enfocamos nuestros centros de interés y de investigación, incesantes relatos de una definición cada vez más compleja de la representación del cuerpo humano y de sus implicaciones sexuales en la sociedad.

Una de estas historias que pueden atrapar nuestro interés es el caso de una madre (Aurora) y una hija (Hildegart) –de las que más tarde hablaremos– que allá por los años 30 adquieren el papel de amazonas mitológicas: Talestris busca en la unión sexual con Alejandro Magno el nacimiento de una hija que colme sus expectativas de perfección femenina, y de ahí se engendra un ser con la inteligencia de Aurora y el arrojo de un varón dotado de sus grandes cualidades. Y viene al mundo –en una traslación a nuestros tiempos– Hildegart, el personaje que, al igual que su progenitora, se hace amazona para luchar por la emancipación de la mujer sin intervención masculina alguna. Pero el amor llegará y dará al traste con las fantasías de Aurora.

El debate sobre el endurecimiento de las modalidades del aborto en España en nombre de una moral católica que instituye el derecho a la vida como principio fundamental y divino y, por consiguiente, indestructible en un parlamento donde resuenan los gritos de «aborto es sagrado»¹ de algunas feministas, es sintomático de las tensiones radicales que se expresan con pasión en cuanto se dibujan, impuestas por una sociedad en movimiento y evolución, alternativas de vida que salen del modelo tradicional de la familia heterosexual. En Francia, las amenazas de los medios más conservadores de la población de la existencia de una pseudo teoría del género incluida en los programas políticos del Estado, cuya finalidad radicaría en una disolución de la diferencia sexual entre hombre y mujer –por no hablar de *homosexualización* de la sociedad como dicen algunos miembros del clero español–, o las protestas surgidas a raíz de la abertura de la institución del matrimonio a las parejas homosexuales, traducen las inquietudes de unos cuantos, que ven la extinción de la familia tradicional como único modelo sostenible y perenne de la sociedad conforme, según Pierre Bourdieu, a un modelo de dominación masculina asumida por las tres instancias principales: la familia, la iglesia y la escuela (Bourdieu, P. 1998: 117).

Después de simbolizar en los años de posguerra el avance de una reivindicación feminista y del reconocimiento de un estatus para la mujer, la frase tan famosa de Simone de Beauvoir, escrita en *El segundo sexo*, «No se nace mujer, se llega a serlo» (de Beauvoir, S. 1949: 13) que reconoce uno de los principios esenciales de los estudios sobre el género –la construcción social de la identidad femenina– cristaliza hoy en día parte de estas inquietudes

¹ Referencia a una manifestación feminista durante el debate sobre la reforma de la ley del aborto, Madrid, octubre de 2013.

contemporáneas que consisten en hacer creer que la negación de una distinción entre los sexos, que no sea la mera diferencia anatómica, pone en peligro el devenir de la especie. Esta creencia, que llega a ocupar en los medios de comunicación y en la política cada vez más espacio, tiende a poner en duda la legitimidad de la lucha por la igualdad entre los sexos tan anhelada tras décadas de feminismo. El deseo de una igualdad total entre hombres y mujeres se estaría, pues, difuminando al mismo tiempo que, paradójicamente, las leyes van otorgando y reconociendo cada vez más libertad y estatuto a personas que ya no encajan en el modelo de la familia tradicional heterosexual. Los programas escolares que promueven la igualdad entre los sexos tropiezan con la reacción violenta de conservadores que consideran que los hombres y las mujeres no son iguales y que tienen que cumplir con un rol intrínsecamente definido por la naturaleza. De ahí surgieron hace poco (2014) en Francia algunas polémicas como la referente a un álbum para niños *Todos en pelotas (Tous à poil)* que invita a considerar la relación hombre/mujer en otros términos que el mero criterio sexual, o a la obra de teatro con un título explícito *La historia de la princesa a quien no le gustaban los príncipes (Histoire de la princesse qui n'aimait pas les princes)* o también el dibujo animado *El beso de la luna (Le baiser de la lune)* que sensibiliza, a través del relato de una historia de amor entre dos peces Félix y León, a la pluralidad del amor. En España, los detractores de la asignatura de Educación para la Ciudadanía inscrita en los programas académicos bajo la legislatura de José Luis Rodríguez Zapatero, acusado a la sazón de promocionar la confusión de los géneros y de querer pervertir de forma duradera a la juventud, se ven contentados por la nueva ley orgánica de educación –la llamada Ley Wert– que hasta llega a promocionar la enseñanza diferenciada por sexos: lo que aviva el temor de volver a una discriminación por razón de género y a los estereotipos sexistas. Se ve, pues, que en estos tiempos de crisis tanto económica como cultural, la igualdad de sexo ya no es –aunque lo apuntan nuestras Constituciones– una aspiración consensuada y universal, garante de un funcionamiento verdaderamente democrático, sino que es más bien para unos cuantos un modelo por abandonar en la medida en que supone la puesta en duda de un modelo de autoridad –machista– que al fin y al cabo nuestras sociedades nunca han abandonado realmente: de ahí los miedos irracionales de ver a los chicos convertidos en chicas (y viceversa) y de asistir a la desintegración de la sociedad. Los logros de las luchas feministas que en los años setenta abrieron la vía de la emancipación para tantas mujeres –y no solo mujeres– se ven hoy truncados y relegados en beneficio de un repliegue en una norma social rígida. Años de reivindicación por la igualdad, por la paridad en el trabajo o en la sociedad, por el derecho a la educación, al gozo de su propio

cuerpo, a la intimidad sexual, a la integridad corporal y al respeto, a la tolerancia ante las diferencias que, si bien es verdad que coinciden con las aspiraciones individualistas de las sociedades postmodernas, se diluyen hoy en un pensamiento general y globalizador que consiste en hacer creer que en democracia todo es válido. De ahí, la pérdida de fe en los ideales no solo acarrea el advenimiento de opiniones deletéreas sino que también debilita esta misma democracia, pese a los esfuerzos de pensadores y pensadoras que, como la recién fallecida Antoinette Fouque, pregunta, en su ensayo *Hay dos sexos*, «¿Cómo pensar y practicar una ciudadanía que tenga la paridad por principio?» (Fouque, A. 1995: I).

Es la razón por la cual me pareció acertado estudiar la cuestión que nos reúne –representaciones del cuerpo femenino en tiempos de guerra y de conflictos– desde una perspectiva diacrónica y remontarme hasta los albores del siglo XX que marcan una etapa importante en la historia del feminismo español cuando, entre otras, Emilia Pardo Bazán y Concepción Arenal ya hacían oír una voz disonante y militante en el ambiente rígido, convencional y profundamente misógino de su época. La relación que en 1900 Emilia Pardo Bazán hace del primer Congreso feminista oficial celebrado en París es prueba de las numerosas aspiraciones de la mujer española:

Los votos adoptados por la comisión organizadora y sometidos a la discusión y decisión del congreso pueden calificarse de formidables. Comprenden los salarios, la evaluación del trabajo de la mujer en la familia, la duración del trabajo, su higiene, la igualdad de los salarios (a igual trabajo, igual remuneración), el trabajo en las prisiones y establecimientos de beneficencia, la situación del servicio doméstico, la modificación del traje de la mujer con arreglo a las exigencias de su trabajo, la protección al aprendizaje, el descanso y auxilio para las parturientas, la moral única e idéntica para ambos sexos, la educación integral, la educación integral de las muchachas desde el punto de vista de la formación maternal que han de cumplir, la supresión de la prostitución reglamentada, la reforma de las leyes civiles relativas a la constitución de la familia, la de las leyes pecuniarias en el matrimonio, la investigación de la paternidad, la reforma de la patria potestad, la protección al niño, la admisión de la mujer a las funciones y cargos públicos, la igualdad de derechos civiles y políticos (Pardo Bazán, E. 1999: 256).

La escritora gallega termina esta enumeración diciendo que «Bien podemos decir que nada se han dejado en el tintero las feministas» para recalcar la legitimidad de las aspiraciones. En efecto, es de sumo interés notar que en aquel entonces se echan todas las bases de las reivindicaciones feministas que aún hoy, ya bien entrados en el siglo XXI, no han sido del todo satisfechas.

Son los años treinta, años de la segunda República española, los que marcan, con el auge de las ideas progresistas, un avance para la mujer. Haciéndose el eco del libro del filósofo alemán Georg Simmel, *Filosofía de la coquetería. Filosofía de la moda. Lo masculino y lo femenino*, cuya traducción al español en 1924 tuvo cierta relevancia, el escritor José Díaz Fernández, en el primer capítulo de su libro *El nuevo romanticismo. Polémica de arte, política y literatura*, dedica una reflexión sobre la moda y el feminismo. Bajo el carácter aparentemente anodino y fútil de consideraciones sobre la moda, José Díaz Fernández toma conciencia, en 1931, de las mutaciones esenciales de la sociedad que, a través de la moda, se están plasmando al unísono de las reformas estructurales y coyunturales del mundo laboral y económico. Escribe:

[L]a falda abundante de las mujeres y la melena alargada de pronto hasta los hombros, no son momentos caprichosos y versátiles de las costumbres actuales, sino rasgos típicos de una tendencia de vida colectiva que se anuncia irremisiblemente para el futuro (Díaz Fernández, J. 1985: 36).

Estos pensamientos siguen en realidad la línea de la militante feminista soviética Alexandra Kollontai que en 1926 publicó su autobiografía en que, acorde con el ideal soviético posrevolucionario, define el modelo de la mujer obrera independiente y emancipada. Un viento de liberación sopla para la mujer de aquella época que conquista poco a poco un nuevo estatus y un reconocimiento social en ruptura con el modelo anterior. Aunque tengan que enfrentarse con comportamientos ineluctablemente misóginos, las mujeres de los años treinta ocupan cada vez más espacio en la sociedad, en particular en el trabajo. Pocas se emancipan. El mito de la efervescencia de los años veinte, los *roaring twenties* ou *années folles*, no debe ocultar la realidad mísera de la mujer trabajadora, de la madre soltera o de la viuda. Sin embargo, una élite de mujeres, las que Shirley Mangini llama *las modernas de Madrid*, organiza una voz colectiva y reivindicativa, movida por un anhelo de libertad y de anticonformismo. El modelo de la mujer moderna que ellas defienden supone, evidentemente, la construcción de una nueva imagen tanto para sí mismas como para la sociedad. Por eso la moda, en su condición de estructuración del cuerpo tanto social como

físico, desempeña en aquellos años de emancipación un papel tan importante, convirtiéndose en un medio de reivindicación social.

También algunos autores –hombres– han sabido valorar y acompañar el movimiento de emancipación femenina porque entendieron (lo que es, en el fondo, un razonamiento muy moderno) que de ella dependía también el devenir de la democracia. Así escribe el ya mencionado José Díaz Fernández:

El mérito de la participación femenina en las actividades contemporáneas es que incorpora al mundo de hoy una sensibilidad y un apetito que desconocía el mundo anterior a la guerra. Por primera vez en veinte siglos la mujer vierte en la vida su alma espléndida y brillante. No es extraño que ella comunique a esta vida que ahora empieza, a esta formidable fundación cósmica, su gesto peculiar (Díaz Fernández, J. 1985: 38-39).

También, podemos recordar de manera anecdótica al escritor griego Nikos Kazantzakis que en 1937 cuenta cómo el rechazo del mito de Carmen, esta invención francesa de una feminidad sensual para turistas en pos de exotismo, traduce la búsqueda de una imagen grave y auténtica de la feminidad: la de las mujeres ante las realidades sociales y políticas de su tiempo. Por eso hace pronunciar a uno de sus personajes el comentario siguiente:

¿Qué Carmen? La que bailaba con bolero y vestido corto, con castañuelas y una rosa escarlata en el pelo? ¿La que espantó a los turistas avergonzados? ¡Todo esto se acabó! Hoy en día, Carmen es maestra u obrera, y reivindica el derecho de votar! (Kazantzakis, N. 1937: 18).

Los años treinta son los años de la actriz Louise Brooks o de la diseñadora Coco Chanel, que encarnan la liberación por la moda que exhibe el cuerpo y define para la mujer una nueva identidad. Chanel es el modelo de la mujer libre y fuerte cuya vida, como lo escribe Paul Morand en un libro que le dedica a ella, «es la historia –y a menudo el drama– de la mujer sola, sus miserias, su grandeza, el combate desigual y apasionante que ella debe llevar contra sí misma, contra los hombres, contra los seductores, las debilidades y los peligros que surgen por todas partes» (Morand, P. 1996: 18-19). Es la época, también, de Virginia Woolf, que no parará en su vida literaria, como lo escribe Pierre Bourdieu en *La dominación masculina*, de explorar la construcción histórica «de una forma de dominación que está inscrita en todo el orden social y opera en la

oscuridad de los cuerpos» (Bourdieu, P. 1998: 113). Por fin, son los años de Monique Lerbier, la heroína de la novela de Victor Margueritte *La garçonne* que, por vengarse de un amante infiel, se dedica al amor libre multiplicando las aventuras con amantes de ambos sexos. La publicación de este libro en 1922 en Francia produjo una verdadera algarabía que hasta hizo perder a su autor la Legión de Honor. Pero más allá del escándalo, este libro ejerció una verdadera influencia para todos los que creían, como lo anunciaba la introducción de la novela, en la *meta magnífica de igualdad de equivalencia* (Capdevila-Argüelles, N. 2008: 232). El libro, mayor best-seller de la época, no fue sino la traducción literaria de las aspiraciones de libertad que latían en la sociedad.

En esos años también nace en 1914, en el corazón de Madrid, la niña Hildegart Rodríguez Carballeira, niña prodigio ya antes de nacer, concebida por el Pigmalión de su madre Aurora Rodríguez Carballeira, en el ideal progresista en que ella creía, es decir sin padre. Solo necesitó en el momento determinado a un «colaborador fisiológico» teniendo que soportar la «afrenta carnal» (Cal, R. 1991: 43-44), según lo que ella dijo, a quien encontró en la persona de un cura brillante que nunca reconocería la paternidad. Se adivina aquí la impronta simbólica de Talestris, reina de las Amazonas en la mitología griega.

Hildegart vino al mundo para ser únicamente la obra perfecta de su madre la que muy pronto se encargó de trocarle la niñez por los estudios. Así lo dijo la niña en una entrevista de la época: «No he tenido infancia... La infancia la necesité para estudiar» (Cal, R. 1991: 65). Su madre la sometió a una dura instrucción pedagógica, y cuando con solo diez años entró en el colegio Cisneros para estudiar bachillerato en alemán, ella ya dominaba el francés, el inglés, el italiano, el portugués y el latín. Con catorce años, empezó, acompañada de su madre, la carrera de Derecho y a los dieciocho obtuvo el doctorado, lo que le permitió, aún siendo menor de edad, abrir un bufete. También empezó las carreras de Letras, Filosofía y Medicina, que no llegó a concluir.

En ese mismo tiempo Hildegart fue ocupando cada vez más protagonismo en las filas de las juventudes del partido socialista y, a partir de 1933, del partido republicano federal, lo que disgustó profundamente a la madre. Entre 1929 y 1933, gracias al empeño de la madre de darle una intensa vida pública, Hildegart multiplicó las apariencias en ateneos de diversas ciudades, llegó a ser conferenciante, publicó artículos y escribió libros. Incluso en 1932, cuando se creó la «Liga para la reforma sexual sobre bases científicas» dirigida por Gregorio Marañón, y luego por Juan Noguera, ella asumió las funciones de secretaria colaborando en la revista *Sexus*.

Rápidamente Hildegart Rodríguez Carballeira se impone en el panorama intelectual como especialista de la cuestión femenina desde la perspectiva de la

sexualidad: lo que es, en vista de su juventud y de su época, un acto de osadía y de rebeldía. Bien es verdad que desde sus tempranos años ella había sido preparada por su madre, que sostenía que «había que educar [a su hija] en esta faceta [de la sexualidad] para evitar problemas pues la mujer se pierde por el sexo» (Cal, R. 1991: 63). No es de extrañar que, con semejante acercamiento a esta faceta tan íntima del cuerpo, Hildegart solo hubiera podido considerar la sexualidad como problema. Es lo que aparece claramente en el título de su libro publicado en 1931 (reeditado en 1977) *El problema sexual tratado por una mujer española*: libro que tiene algunas similitudes con el de Kollontai. La producción literaria de Hildegart es impresionante, ya que se desarrolla únicamente entre los años 1930 y 1932 en que publica los títulos siguientes:

En 1930: *El problema eugénico. Punto de vista de una mujer moderna; Tres amores históricos: un estudio comparativo de Romeo y Julieta, Abelardo y Eloísa y los amantes de Teruel; La limitación de la prole: un deber del proletariado consciente.*

En 1931: *Sexo y amor; La revolución sexual; El problema sexual tratado por una mujer española; La rebeldía sexual de la juventud; Profilaxis anticoncepcional. Paternidad voluntaria; Educación sexual*

En 1932: *Malthusismo y Neomalthusismo. El control de la natalidad; ¿Se equivocó Marx?; ¿Quo vadis, burguesía?*

Esta enumeración revela claramente el carácter obsesivo que tiene para ella el tema de la sexualidad, y sin duda un estudio sicoanalítico de su caso haría resaltar el estado de sumisión en el cual su madre la mantenía, profesando paradójicamente ideas de libertad y de modernidad. No oculta su frustración sexual cuando describe, con una empatía apenas disimilada, los arrebatos místicos de Santa Teresa que imputa a una represión sexual. De una manera muy cruda para la época, califica a la santa de Ávila como «la gran mística, en realidad la gran sexual, que era víctima de ardores, alucinaciones, ataques, etc., derivados de su propio sexo mal orientado» (Rodríguez Carballeira, H. 1931: 180). Apoyándose en una lectura de Freud sobre la relación entre represión sexual y neurosis que ella misma hace, podemos preguntarnos si Hildegart no está confesando el problema de su propia frustración y represión.

Es así como se entiende que Hildegart haya podido infundir pena, como en este comentario de Julián Besteiro, educador y político:

Hildegart es más bien un caso de dualidad incomprensible que de individualidad suelta, como son todas. En la Universidad me causó una impresión contradictoria. En los estudios es sencillamente formidable. Pero este fenómeno de ir tan pegada a la madre me evoca la imagen de una cría de canguro encapsulada en bolsa invisible y con el cordón umbilical intacto, canal de una hipertrofia comunicativa gigante de dirección única (Coca Medina, G. 1976: 37).

Con torpeza, con inmadurez, con una falta de experiencia que le valió el mote de *Virgen roja*, Hildegart Rodríguez Carballeira construye una obra orientada hacia la búsqueda de una libertad colectiva que ella ni conoce, lo que la sitúa en un contrasentido permanente. Es el producto utópico de su madre usado por ella para reivindicar una utopía feminista en que ella –la madre– por ser tan rígida, ni puede creer. Sigue siendo una progenitora esencialmente decimonónica que impone a su hija sus vistas. La obra que compone Hildegart bajo esta opresión es, por consiguiente, loable y con todas sus imperfecciones, sobre todo para el lector de hoy, rebelde.

Hildegart busca su libertad y quiere que las mujeres la acompañen en este designio. Es el fundamento de su compromiso político. Militando en las filas de los partidos de izquierda, todavía bajo la dictadura de Primo de Rivera, muestra una tierna atención por la madre de la clase obrera: la que tiene varios hijos sin saber cómo alimentarlos. Es ella, la proletaria, la que tiene que ser educada. Por eso, una de sus convicciones es la necesidad de fomentar el control de la natalidad: idea que va desarrollando en *La limitación de la prole*, separándose de una filosofía malthusina que promueve una adecuación proporcional entre el crecimiento de la población y el crecimiento de los recursos, en beneficio de una filosofía contemporánea: la eugenesia basada en la higiene social. Creada a mediados del siglo XIX en Inglaterra por Francis Galton, la eugenesia es entendida en la izquierda de la época como un medio de lucha contra la miseria social. Se trata de la promoción de métodos anticoncepcionistas, «porque es un crimen traer un hijo al mundo sin tener medios para hacer de él un hombre» (Carrillo, S. 1931: 25), escribe Santiago Carrillo –notemos de paso la red de amistades políticas que se está fraguando–, con el entusiasmo juvenil de sus diciséis años, en una reseña del trabajo de Hildegart. El problema es que la falta de discernimiento de aquellos jóvenes entusiastas les lleva a hacer la promoción de ideologías peligrosas perfectamente experimentadas y comprobadas pocos años después en la Alemania nazi. Para Hildegart, la eugenesia, reforzada por la eutanasia, consistirá también en un programa de purificación de la raza poco

alejado de la España Una, Grande y Libre de Franco (Capdevila-Argüelles, N. 2008: 215). Su alegato a favor de la eugenesia es meramente escalofriante:

Vosotros, los más sagrados y excelsos inventores, creadores de la naturaleza a vuestra imagen y semejanza, no debéis labrar desgracia, miseria y dolor. Tenéis la obligación de procurar alegrías, perfecciones y bellezas. Todos tienen necesidad de que se les recuerde constantemente su error y la necesidad de remediarlo, evitando sobre toda la procreación. Esa procreación de tarados, de idiotas, de ineptos, de impotentes, de homosexuales, de locos... Por vergüenza de sus propias vergüenzas, para las que toda disculpa es poca; por sacrificio frente a esos seres que echan al mundo piltrafas de la sociedad, escorias de la humana naturaleza.

Por aquello que más os conmueva, egoísmo o sacrificio, amor propio o abnegación. Pero evitad a la especie humana el doloroso espectáculo de esas generaciones de seres, cargados de lacras, de pus y de miseria. Evitadlo...

Por una razón de ética, por una razón de estética, por moral y por belleza, no traigáis al mundo hijos que habrán de ser vuestra constante pesadilla y que habrán de pesar como lastre insostenible para el humano ascenso. La Humanidad va hacia el progreso, y para ello no puede desear enfermedad, sino salud. Nunca degenerados, sino superhombres. Que sean las concepciones humanas canto a la vida y a la belleza, nunca a la muerte y a la fealdad. Piedad para las víctimas presentes. Justicia, con toda su dureza y su rigidez, para los acusantes de ellas (Rodríguez Carballeira, H. 1931: 164-165).

Todas las ideas progresistas de Hildegart en cuanto a amor libre, familia, divorcio desaparecen detrás de este razonamiento espantosamente fascistoide, en que mezcla a lo largo de toda su obra el programa regeneracionista de los españoles de la llamada generación del 98 con las teorías reaccionarias sobre la degeneración de las razas, tal y como lo hizo Max Nordau en 1892 y la teoría del superhombre nietzscheano.

La homofobia de Hildegart, cuanto más sorprendente sabiendo que mantuvo una correspondencia con Magnus Hirschfeld, fundador del movimiento de liberación homosexual en los años 30, así como sus posturas eugénicas, hacen de ella, en el contexto actual, una autora políticamente incorrecta. Sin embargo, sus contradicciones, quizás achacables a su juventud, tuvieron el mérito de promover, por contraste, la liberación sexual y la liberación del cuerpo.

Sus escritos siempre seguirán siendo un enigma porque una noche triste de junio de 1933, en un ataque de paranoia revelador de una hybris desmesurada, la madre asesinó a su hija de cuatro disparos, incapaz de asumir sus desos de libertad. Parece ser que Hildegart había conocido a un joven del que bien podría estar enamorándose, lo que truncaba la base misma de las aspiraciones maternas. La madre Aurora Rodríguez se justificó así:

Como una gran artista que pudiendo destruir su obra si le place, porque un rayo de luz se la muestra imperfecta, así hice con mi hija a quien había plasmado y era mi obra (Cal, R. 1991: 128).

Hildegart tenía diecinueve años e iba para ser, quizás, una de las grandes intelectuales del siglo XX. Sus sueños de perfección chocaron contra los de su madre, y su muerte trágica revela una vez más la finitud del hombre y su derrota en su deseo orgulloso de alzarse al rango de los mitos. La condición humana, tanto de la madre como de la hija –por mucho que les costara aceptarla– no les permitió concretar su sueño eugénico de un ser superior, de una feminidad victoriosa y combatiente, de una Amazona contemporánea frente a los desafíos del siglo veinte.

Su muerte, como el debilitamiento de los grandes combates feministas que ella y otras muchas sostuvieron, hace que hoy en día se sigan vendiendo libros con el título de *Cásate y sé sumisa*, libelo patrocinado por el arzobispo de Granada, en otoño de 2013, recordándonos con pesimismo –como lo hace Thomas Laqueur, en *La fábrica del sexo. Ensayo sobre el cuerpo y el género en Occidente*– que «el patrón del cuerpo humano y de sus representaciones sigue siendo el cuerpo macho» (Laqueur, T. 1990: 87). Ojalá estos pensamientos empiecen en nuestros días a no ser unánimes.

BIBLIOGRAFÍA

- Beauvoir Simone de, *Le deuxième sexe*, tome 2, Paris, Éditions Gallimard, 1949.
Bourdieu Pierre, *La domination masculine*, Paris, Éditions du Seuil, 1998.
Cal Rosa, *A mí no me dobléga nadie*, Sada, O Castro, 1991.
Capdevila-Argüelles Nuria, *Autoras inciertas. Voces olvidadas de nuestro feminismo*, Madrid, horas y HORAS, 2008.
Carrillo Santiago, «Otro libro de Hildegart. La limitación de la prole», Madrid, *El Socialista*, n° 6846, 17/01/1931.

Coca Medina Gabriel, «Un parricidio intelectual en 1933. La muerte de la Virgen roja.», *Tiempo de Historia*, n° 19, Año II, 1/6/1976.

Díaz Fernández José, *El nuevo romanticismo. Polémica de arte, política y literatura*, Madrid, Editor José Esteban, 1985.

Fouque Antoinette, *Il y a deux sexes*, Paris, Gallimard, 1995.

Kazantzaki, Nikos, *Voyages. Espagne*, 1937, Paris, Librairie Plon, 1980.

Kollontai Alexandra, *Autobiographie d'une femme sexuellement émancipée*, Paris, Editions Git-le-Cœur, 1973.

Laqueur Thomas, *La fabrique du sexe. Essai sur le corps et le genre en Occident*, Paris, Editions Gallimard, 1990.

Mangini Shirley, *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*, Barcelona Ediciones Península, 2001.

Marguerite Victor, *La garçonne*, Paris, Payot Rivages, 2013.

Paul Morand, *L'allure de Chanel*, Paris, Gallimard, 1996.

Pardo Bazán Emilia, *La mujer española y otros escritos*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1999.

Rodríguez Carballeira Hildegart, *El problema sexual tratado por una mujer española*, Madrid, Ediciones Morata, 1931.